

vestir á su tropa, cuando eran conocidos los recursos de que abundaba. Recibíanse por todas partes avisos de reuniones de varios puntos encaminadas á sorprendernos: yo apenas podía mover los labios, pues temia que se atribuyese á cobardía; pero lo que mas atormentaba mi espíritu, era ver crecer como espuma el odio entre Rayon y Rosains: metime á mediador, y se verificó en mí el adagio español que dice, que quien *mete paz, se saca lo mas*.... En la última carta exhortatoria que dirigí á Rosains, tal vez usé de algunas espresiones acaloradas, hijas de mi buen celo, que él ó por sí ó por consejo de sus malos amigos, le hicieron creer que yo era su enemigo: heme aquí envuelto en la persecucion de Rayon, y perseguido despues del modo mas oprobioso por Rosains. Acordeme de Ercilla, y por esta circunstancia se lisonjeó mi amor propio. El congreso de la nacion, instruido de estas desazones, nos mandó al Sr. Crespo y á mí que promediásemos en ellas, y al efecto le mandamos á Rosains que compareciese con su escolta á presentársenos: llevábamos por objeto terminar el asunto con un abrazo de amistad que se diesen él y Rayon: no lo creyó así Rosains, sino que era una zalagarda de las que en las guerras civiles se juegan los disidentes, y he aquí un nuevo motivo de odio contra mi persona. (El se la habia jugado á Martinez en Veraacruz.)

El gobierno de México habia confiado la comandancia de Apam al coronel de Lobera D. Joaquin Márquez Donallo, y le habia dado repetidas órdenes de atacarnos, pero las habia frustrado con varios achaques. Rayon y yo habiamos cuidado de escribirle en lo secreto, manifestándole ideas liberales y deseos de que este continente y el antiguo se uniesen por los vínculos estrechos de la amistad y del comercio, estrechando los que la naturaleza habia puesto entre padres é hijos, amigos y parientes: agradose de este modo de pensar, y á lo que entiendo, nos tenia un secreto cariño que le ataba las manos para obrar: sí, Márquez Donallo era liberal, se le habia mandado á esta América para que coadyuvase al establecimiento de la constitucion: Calleja le conoció estas dicposiciones, lo reprendió y aun conminó duramente: por último, lo separó de Apam, porque acaso llegó á entender

que nada conseguiria de él contra nosotros, y confió la comandancia de aquel punto á D. Luis de la Aguila, que era de muy diverso modo de pensar, á lo menos en cuanto á atacarnos; pues jóven ansioso de gloria, deseaba aumentar la que habia adquirido en varias acciones de guerra, con este nuevo triunfo.

REGRESO DE FERNANDO VII A ESPAÑA.

En aquellos dias sobrevino una de las mas estrañas ocurrencias que pueden presentarse en el cuadro de las revoluciones de los imperios; tal fué el regreso de Fernando VII á España. Nosotros no acertábamos á creer el desenlace de una de las mayores escenas que pudieran ofrecerse á nuestros ojos. Creiamos que era un ensueño, pues poco antes habiamos visto á Napoleon en el apogeo de su gloria; él mandaba el mundo, donde no con sus armas, con su influjo y prestigio: habia sojuzgado á los reyes, erigido nuevas dinastías, planteado sus águilas sobre las torres de *Moscow*, y hecho que toda la tierra enmudeciese á su presencia, como en los dias de Alejandro Magno, segun la espresion de la santa Escritura; pero nosotros no nos acordábamos de que él no habia nacido para contrariar la naturaleza, ni impedir que una helada acabase con un tercio de su caballería en una noche, ni podiamos creer que la antigua corte de los Czares de Moscovia, pudiera mandarse reducir á pavezas por el nieto de Catalina II, para lanzar de su seno á tan formidable enemigo. Finalmente, no estaba en nuestros principios de política, que el suegro de Napoleon el grande, pospusiese los vínculos que lo ligaban de un modo tan brillante como estrecho al engrandecimiento de su imperio, y que la amable Luisa de Austria se viese en un momento cubierta de infamia, arrancada de los brazos de su marido, y mirada como una concubina, cuando habia pasado por una legítima esposa. Sí, dígolo con satisfaccion, la honradez americana no pudo creer que en el siglo XIX se cometiese un exceso indigno de los siglos godos, habiendo estado por otra parte en manos del gran Napoleon hasta por tres veces y á su disposicion el trono de Francisco. Por semejantes motivos dudábamos de la verdad de este cambio. Ni nos hacia menos fuerza ver

que Fernando VII restituido al trono de España á esfuerzos de la lealtad de sus súbditos, correspondiera á sus finezas hundiéndolos en calabozos, haciéndolos morir en patíbulos ó confinaciones, restableciendo la inquisicion y los consejos, y proscribiendo para siempre la constitucion de Cádiz, por la que pudiera gobernar en paz, y ser el ídolo de los pueblos. Mas presto nos desengañamos, y conocimos nuestro error. Interceptamos un correo de Calleja † en que todo se veia comprobado. Gloriábase esta fiera de haber dicho anatema á la constitucion: de no haber titubeado en proscribirla: de haber destruido en minutos el ayuntamiento constitucional de México y los demas establecimientos liberales, y de tener la espada levantada para descargarla sobre todo el que siquiera mostrara sentimiento por esta mudanza de gobierno. Vimos asimismo que el general Liñan estaba destinado para venir á obrar con un grueso de tropas, y que por todas partes se forjaban nuevas cadenas con que agoviar nuestros cuellos; á la verdad que esta situacion era muy dolorosa. Si tendiamos la vista ácia el Sur, veíamos á Acapulco recobrado por los enemigos, mil veces derrotadas nuestras tropas, perdido enteramente nuestro concepto, y hechos por todas partes el objeto del desprecio, aun de los que mas nos aplaudian y llevaban la adulacion hasta el extremo.

II Aumentaba nuestros motivos de sentimiento la conducta inhumana que acababa de tener el coronel Hevia con cuarenta y nueve infelices tomados de leva en S. Andrés Chalchicomula y traídos por la violencia al pueblo de S. Hipólito, donde el Lic. Rosains fué sorprendido por aquel gefe español la mañana del 1.º de julio de 1814; pero no del modo que ha indicado en su manifiesto pág. 8, sino de otra manera mas terrible, segun he podido averiguar en Tehuacán; dijoseme que por escapar de la sorpresa dejó encerrados á dichos cuarenta y nueve hombres en una cochera, de la cual fueron sacados por Santa Marina, segundo de Hevia: conducidos á S. Andrés Chalchicomula, donde estaba

† Los pliegos venian metidos en la hoquedad de un garabato de una mula de aparejo.

este *Minotauro*, se le presentó el cura y todos los vecinos del lugar, manifestándole que tres dias antes habian sido sacados por la coaccion de sus casas y talleres por Rosains, y llevados violentamente á servir á sus tropas: no hubo remedio, aquel bárbaro pronunció la sentencia de muerte sin autos ni averiguacion, y se ejecutó con una descarga cerrada á la orilla de una zanja que estaba inmediata á la iglesia de S. Juan Nepomuceno, estramuros del pueblo. Yo los he visitado varias veces, he contemplado allí mismo aquel espectáculo, y pedido al cielo por el descanso eterno de aquellas desgraciadas víctimas. Así derramaban la sangre americana aquellos desapiadados enemigos de nuestra especie. ¡Ojalá y solo se limitara á ellos, y que de los nuestros no hubiesemos tenido comandantes mas desapiadados que Hevia!

Poco despues de esta noticia, que nos llenó de dolor en Zacatlán, supimos que como de resultas de la sorpresa de S. Hipólito, Rosains y Arroyo se habian desavenido y comenzaban á hostilizarse y á acuchillarse desapiadadamente donde se encontraban sus soldados, la partida de Andrés Calzada, segundo de Arroyo, se batió con la de un F. Benites, sobrino de Rosains, en las inmediaciones de Tecamachalco, y en el choque quedó aquel muerto. Informóseme asimismo en Tehuacán, que cuando llegó allí la nueva de este suceso, Rosains vomitaba fuego. A la sazón habia mandado poner en libertad á un soldado de Arroyo que tenia preso en la cárcel, que se yo por qué falta ligera: los deudos de este infeliz hombre se hallaban á las puertas de la cárcel esperándolo á que se saliese para marchar con él á su casa, gozándose con su libertad; mas ¡cuánta fué su sorpresa cuando lo vieron sacar rodeado de tropa, y que muy luego lo fusilaron, y despues de muerto arrastraron su cadáver! Sea de esto lo que se quiera, (hecho que allí se estimó por represália) lo cierto es que este hombre desventurado sufrió la pena aun sin la indispensable y sumarásima audiencia de un juicio militar. El Lic. Rosains dice que recurrió á esta esterioridad imponente, como necesaria para *medio contener* á aquellos hombres bestiales, y que es la única demostracion que se le puede acriminar de excesiva. Tambien asegura que lo hizo porque fué este soldado el que

primero le hizo fuego á su sobrino. . . . Si esta relacion está concebida en la misma verdad que el buen tratamiento que dice le dió á D. José Antonio Perez, hermano del Sr. obispo de Puebla, á quien dice que le llevaron de su casa de los mismos *alimentos* que él *comia*, yo me atrevo á asegurar que *es falsa*. Hallábame en la casa del cura de Tehuacán, cuando le mandó pedir un plato de comida porque estaba enteramente desamparado en la cárcel *subterránea* de aquella ciudad: de ella lo ví sacar la tarde del 6 de enero de 1815 y subir al cerro Colorado montado en una mula de albarda con una muy gruesa barra de grillos en los piés, rodeado de encuerados con un tamborcillo de mogiganga que le precedía. Mi esposa, observadora de este espectáculo, (y que le recordaba el mio que casi fué igual) se echó á llorar amargamente, y fué necesario meterla á lo interior para que no viese mas aquel objeto lastimero. En ese mismo dia habia salido Rosains para atacar á Osorno en su departamento, empresa de que lo hizo desistir la derrota que sufrió en la hacienda de Zoltepec, junto á Huamantla, de que despues hablaremos, y que si la hubiera acometido habria muerto en la demanda, pues lo aguardaban mil caballos en las inmediaciones de Tlasco para acabarlos. Perez habria muerto en Cerro Colorado á no haber logrado fugarse de la prision el viernes santo de aquel año, en cuya pascua iba á ser inmolado; pero lo fué muy luego el oficial de artillería Labarrieta, á cuyo descuido ó soborno atribuyó Rosains la fuga de Perez, y tambien habria perecido D. José Mariano Oréa, vecino de Tehuacán, que lo recepitó en su casa y proporcionó la fuga é indulto en Puebla, si lograra descubrir este hecho. Si este es el modo *caritativo* y urbano con que Rosains dice que trató á Perez, yo convendré con su esposicion, aunque entiendo que semejante caridad es desconocida en la moral de Jesucristo: ni dicha urbanidad se tiene como tal en el ceremonial de etiqueta de Paris. Algunas veces se me presentará ocasion de demostrar los enormes equívocos que ha padecido en los hechos que refiere en su manifesto, terminando yo por ahora estas indicaciones con asegurar que Rosains logró su objeto cumplidamente, pues de tal modo llegó á imponer al mismo Arroyo ¡cosa rara! y á

todo el departamento de su mando, como apenas podria imponer Sylva con sus proscripciones en Roma, y el rey D. Pedro en Sevilla, teatro de sus venganzas, que terminaron con su muerte en las manos de su hermano D. Enrique.

Tales eran los motivos de angustia que despedazaban nuestro corazon en el primer semestre de 1814; pero que solo eran el *preludio* de las demas que iban á sobrevenir, y de que el cielo nos ha sacado felizmente, cuando un rayo de esperanza vino á alentarnos, no de otro modo que un sueño alegre convierte á un infeliz aherrojado en las prisiones en el mohoso calabozo en que gime en un paraíso de delicias.

El padre Fr. Antonio Pedroza, franciscano, nos dió aviso desde la barra de Nautla, de que el *general Humbert* habia desembarcado allí con el carácter de enviado de los Estados-Unidos para franquearnos toda clase de auxilios, y que para hacerlo deseaba tratar con alguno de los primeros generales de la nacion, si no podia penetrar hasta donde residia el congreso. Igual noticia nos trajo dentro de breve el coronel Serafin Olarte, indio célebre en las campañas de Coyosquihui (ó sea Coixquihui) en la provincia de Veracruz, que vino por algun pertrecho á Zacatlán y se le dió. Rayon se apresuró á escribir á este figurado ángel de consuelo, y mandó que saliese el intendente Perez á conducirlo: Rosains por su parte hizo lo mismo y logró que D. Juan Pablo Anaya se embarcase para Nueva-Orleans, de donde procedia Humbert: por tal medida Rayon quedó burlado, y no lo quedó menos Rosains, pues Humbert era un aventurero explorador, el cual llegó á penetrar hasta Quimixtlán, y de allí regresó á reembarcarse.

En nada menos que en socorrernos pensaba el gobierno anglo-americano: sabia nuestras matanzas é infortunios; sabia que careciamos de buques y localidades marítimas para implorar su socorro; sabia en fin el modo bárbaro con que nos trataban los españoles, y á nada se movia, conducta que solo podrá disculparse (en aquella época, y no en otra) con que estaban invadidos por dos espediciones inglesas, de las cuales la una tomó y redujo á pavezas el capitolio de Washington, y la otra fué desva-

ratada á las márgenes del Mississipí, en enero de 1815 por el valor del general *Jackson*. He aquí disipadas en un momento nuestras ilusiones; pero decididos á perecer antes que tornar á la antigua servidumbre. El cielo nos prueba, decíamos confiados en sus promesas en el crisol de la tribulacion; algun dia oirá nuestras súplicas y remunerará nuestro sufrimiento. Sin embargo de esto trabajábamos sin intermision en alentar al partido, en desvanecer las imposturas de nuestros enemigos, y en mostrar á los eclesiásticos la necesidad y justicia con que deberian negarse á ser instrumentos de la tiranía, á cuyo efecto espidió el general Rayon un manifiesto en que probó el crimen que cometian los *sigilistas*, que por medio de la revelacion del secreto sacramental, perseguian de muerte á los americanos, entregándolos á sus enemigos. Alguna vez he dicho con fiadamente, que los confesonarios fueron en aquellos tiempos las garitas y puestos avanzados del espionaje español para oprimir á las familias inocentes.

Si nuestra situacion era desgraciada con respecto á la inseguridad en que nos hallábamos, no lo era menos la del Lic. Rosains, Veíase situado en el centro de un pais, que aunque abundante en víveres, estaba abierto, y por él discurrían muchas divisiones militares que le daban caza como en una batida de alimañas, y no le dejaban punto de reposo para engrosarse. Veíase perseguido á dos fuegos, á saber, por los españoles, comandados por Hevia, modelo de la amovilidad, y por José Antonio Arroyo, que repetía sus votos de acabarlo tantas veces, cuantas se acordaba del dia en que le habia tomado su remonta, y principalmente un buen caballo llamado el *colchon*, que seguramente queria mas que á su muger.

Rosains, al desprenderse del lado del Sr. Morelos trajo consigo varios oficiales principales, como Victoria, el presbítero D. José Manuel Correa, el capitán D. Evaristo Fiallo y D. Martin Andrade. El primero fué destinado á la provincia de Veracruz, donde hizo cosas dignas de la memoria; los otros le acompañaron y sirvieron fielmente. Dedicose por tanto Correa á buscar asilo en los montes, y afortunadamente halló el Cerro Colorado, inmediato á Tehuacán. Recuerde V. lo que en razon de es-

to dije en las Cartas 9 y 10 de la segunda época, primera edicion, insertando el manifiesto de este benemérito eclesiástico. Yo no entraré en la descripcion de este punto militar, solo sí recordaré la nota puesta en la memoria estadística de la provincia de Oaxaca del Sr. Murguía, que redacté é imprimí en Veracruz en 1821, donde hablando de las fortificaciones antiguas, cuyos restos admiramos, dije á la pág. 14: „En el cerro Colorado se notan los vestigios de una fortaleza antiquísima, y ademas se ve una porcion enorme de calaveras en la cima y plaza: es de presumir fuesen de los enemigos que la atacaron, y que los que la defendian se valiesen de igual arbitrio para aterrar á los sitiadores.” Este punto fué en un principio comenzado á fortificar por las mismas manos del cura Correa: Rosains conoció su importancia, se dedicó al mismo objeto con una tenacidad y constancia que le harán honor, y tuvo la satisfaccion de burlarse de los ataques infructuosos que procuró darle Hevia, apenas entendió que habia escogido aquel asilo.

„A los nueve dias (dice Rosains, fojas 9 de su manifiesto) de hecho este descubrimiento, se presentó Hevia en Tehuacán. Setenta y tres armas servibles, un cañoncito de á dos y unas cercas de piedras hechas por nuestras manos, y un cajon de pertrecho, era todo el aparato bélico con que estaban resueltos á batirse con la mejor division de los tiranos, un puñado de hombres mal pagados, viviendo á los cuatro vientos, y sin mas agua que la que el cielo llovía.

Catorce dias estuvo Hevia dando vueltas en contorno de la montaña, sin determinarse á subir. El sabia bien la poca fuerza con que yo contaba; pero no podia combinar los hechos con las noticias: todos los dias bajaban las guerrillas á hostilizarlo; la música daba á entender nuestro denuedo, y veía á cada paso formarse porcion de gente que le abultaba con los indios operarios.”

Cuando yo ví este lugar, que fué en últimos de noviembre de 1814, no pude menos de admirarme, pues encontré allí reunida una division de infantería de mas de quinientos hombres, con muy regular disciplina, algunos cañones bien situados y forma-

lizado ya un campamento: noté mucha actividad en dar forma á aquel asilo que llamaria *de la libertad*, si por una desgracia deplorable no hubiese visto allí derramar lágrimas á algunos inocentes, convirtiéndose en guarida infame de la tiranía, y regentada por un *Pigmaleon*.

Cuando tuvimos noticia en Zacatlán de este descubrimiento feliz, nos la dió al mismo tiempo el brigadier *D. Francisco Arroyave* de la fortaleza que *D. Ramon Rayon* habia comenzado á plantear en el Cerro de Cóporo, que fué dentro de poco el teatro de la gloria americana, y cuyos fundamentos habia zanjado dicho *Rayon* con sus propias manos. Presentósenos dicho oficial con despachos del congreso, por los que constaba que esta corporacion me autorizaba juntamente con el Sr. Crespo para que oyésemos en juicio á *Rosains* y á *D. Ignacio Rayon*, confiándosele entre tanto el mando á *Arroyave*; no se presentó este á intrigar, como se ha supuesto, ni en *Rayon* noté disposiciones para esta baja. Proveimos, pues, el auto de comparendo; *Arroyave* partió á recibir el mando que debiera entregarle *Rosains*, en quien encontró oposicion que procuró vencer, ya que no podia con las razones, con la astucia y con la fuerza, como todo comisionado lo hace en tal caso, y por cuya causa *Rosains* no solo lo arrestó, sino que lo hizo pasar por las armas en el mismo cerro Colorado la mañana del 21 de diciembre del mismo año de 1814, como despues diré con alguna estension, convirtiéndose de *reo presunto*, en agresor muy criminal, del que por órdenes superiores venia á relevarle del mando.

Aunque yo estaba en compañía del general *Rayon*, jamas pude entender cuál era el plan que debería este gefe seguir pasada la temporada de aguas que nos detenia en Zacatlán: permanecer allí era imposible por la indocilidad de la gente de *Osorno*, y mas que de él (que en el fondo era un pobre hombre) de sus aláteres, empeñados en perderlo. Emigrar para Cóporo presentaba dificultades, porque era necesario atravesar por los llanos de *Apam*, donde estaba una fuerte division que á la primera voz se reuniera con la de *Tulancingo* y nos envolviera, sin contar con otras que se hallaban divididas en destacamentos por el camino;

tampoco se podia emprender una marcha forzada con poca tropa y un tren de artillería pesado y gran cargamento. *Rayon* se veia allí detenido por dos motivos esenciales; el primero era aguardar las resultas de ciertos comisionados enviados á Oaxaca para seducir la guarnicion de *Alvarez*, que nada hicieron, y uno de ellos al fin fué descubierto, porque era espía doble, y el otro aguardar la remision del dinero, importe de las granas que vendió á *D. Francisco Alonso*, vecino de Puebla, el cual se hundió en aquella ciudad, y apenas se pudo conseguir que enviase una corta cantidad por medio del brigadier *D. Antonio Vazquez Aldana*. En este estado de fluctuaciones é incertidumbre, he aquí la mañana del 25 de septiembre á *D. Luis del Aguila* con mil doscientos caballos reunidos de varios puntos en *Tulancingo*, sin perjuicio de otra division que venia de Puebla por *Acopinalco* al mando de *Zarzosa*, y de *D. Anastasio Bustamante*. La espedicion se condujo con el mayor sigilo, y tanto, que el comandante de *Tulancingo Piedras* se sorprendió cuando vió sobre el pueblo la tropa de *Aguila*, que creyó fuese enemiga. No pudo recabar este que le acompañase á la espedicion, pues se metió en la cama fingiéndose enfermo. Tengo por muy difícil creer que en Zacatlán se ignorase la aproximacion del enemigo, que solo supimos con respecto al que se dirigia por el camino de Puebla. *Aguila* tomó buenas guías, pero á dicha nuestra se perdió en un espeso monte, y la mucha agua que caia no le dejaba avanzar una pulgada; á esta circunstancia debimos el que no nos sorprendiese en nuestra cama á las dos de la mañana; detúvose á media legua de Zacatlán sin saber donde estaba á causa de una densa niebla, de modo que cuando aclaró el dia, que seria como á las ocho de la mañana, avanzó sobre el pueblo, presentándose por el punto de *Zacazingo*. Apenas hubo tiempo para formar la tropa en la plaza y reunir las mulas de nuestros equipages en la casa de nuestra habitacion; estaban ya cargadas y salian, cuando fueron tomadas por el enemigo, que procuró envolvernos, pero separándonos del camino y salida del pueblo por una senda ácia el pueblo de *Tomatlán*, se abstuvieron de seguirnos: debióse á que el grupo que salimos no picamos recio, sino que marchamos con se-

renidad, y esto les impuso para no seguirmos. Sin embargo, á la salida por la última calle del pueblo algunos dragones en dispersion nos hicieron fuego, uno se acercó á mi muger, y al tiempo le agarrarla del ridículo, su excelente caballo dió una fuerte cejada como si entendiase el daño que iban á hacerla: tampoco lo barroso del terreno dió lugar á que emprendiesen nuestro alcance estando nuestros caballos de refresco. La tropa de Rayon fué cargada bruscamente, y á eso debió, como dice Aguila, (Gaceta núm. 636 de 2 de octubre de 1814) su triunfo: no obstante, fué recibida con brio, y no dejó de costarle algunos muertos. Todo cayó en manos del enemigo; quedamos sin mas ropa que la que nos cubria, y no salimos mal parados, pues el vocal Crespo y D. Luis Alconedo, sábio artífice, quedaron prisioneros y despues fueron fusilados en Apam. Alconedo habia venido de España, para donde se le desterró por denuncia (segun él me dijo varias veces) del conde del Peñasco. Si esto es cierto, creo de la generosidad y cristiandad de este señor que sabrá socorrer á la familia de aquel benemérito ciudadano, que tambien me atrevo á recomendar á la generosidad del gobierno, pues hizo servicios á la nacion, y en él perdió esta un ornamento de las artes.

El hermano del Sr. Crespo murió de un balazo de un dragon, á quien él simultáneamente disparó sn carabina, y ambos espiraron á un mismo tiempo. No es facil ponderar lo que sufrimos en esta retirada. Marchamos al campo de Alzayanga en busca de Arroyo y no le encontramos: por último le hallamos en una hacienda inmediata á S. Andrés, donde nos dió buen hospedage: de ella nos trasladamos á Ocotepc, y tuvimos que salir para S. Juan de los Llanos, porque Hevia venia en demanda nuestra. Cuando estábamos en la venta de Ojo de Agua, supimos que una seccion de Hevia, al mando de Moran, salia de S. Andrés para sorprendernos: dirigióse á Huamantla, y dió á su entrada un carácter de publicidad, por el cual evitó el que muchos cayesen prisioneros, como D. José Antonio Perez, que Hevia habria fusilado irremisiblemente. En estos momentos angustiados formé la resolucion de marchar á los Estados-Unidos para implorar auxilios de aquel gobierno, y á cuyo efecto recibí de Rayon las instruc-

ciones y documentos indispensables; proporcionóme mil trescientos pesos para el viaje, un tejo de oro de su mina del real del Oro, que trabajaba á la sazón que pasó á la secretaría del Sr. Hidalgo (pues no entró en la revolucion por hambre ni por robar, que bien pesaba catorce marcos) y con semejante socorro emprendí mi viaje, que frustró la Providencia por medios desconocidos. Separámonos dándonos un estrecho abrazo en la hacienda de Alzayanga el 28 de octubre de 1814, y él tomó el camino de Zacatlán para Cópore. Esta peregrinacion será asunto de otra carta por ser rara; por ahora nos llama la atencion el exámen de varios documentos, cuya omision seria justamente tachada por los sabios y curiosos lectores de esta historia.

Por ahora concluyo esta relacion, diciendo que mi pluma se cansa de relatar desdichas, y mi corazon se conmueve al recordarlas. ¡Ah! la sensibilidad es un enemigo poderoso que nos atormenta sin intermision, y aun nos hace empalagosa la vida.

